

NORBERTO
DÍAZ-GRANADOS



REPERCU SIONES

LA PARTÍCULA DE DIOS

Escritores
NOVELES

Esta es una muestra GRATUITA de esta Primera parte de la serie.

No Manejamos versión digital tradicionalmente.

Cuando leas esta muestra puedes dejar tu comentario o reseña y como agradecimiento te enviaré la copia impresa completa de este libro, autografiada sin gastos de envío.

Sólo ingresa a este [LINK y deja tu valoración y reseña](#). Te enviaré por correo los detalles para que recibas la copia impresa de este libro y para que descubras todo lo que prepararé para ti.

[PROFANA, LA REVELACIÓN DE LA GRAN RAMERA](#) (segundo libro de esta colección) pronto estará en distribución mundial.

Muchas gracias, de antemano, por leerme.



A la memoria de Peter Higgs

(29/05/1929-08/04-2024)

Datos relevantes

«Después de 9 días de haber iniciado la primera fase de investigación, el Colisionador de partículas sufrió una falla. Fugas de líquido y refrigerante detuvieron su funcionamiento por meses».

Esta fue la noticia oficial publicada al mundo en 2008.

Se quería encontrar la razón de la existencia, de la materia y de la realidad que conocemos hoy. Debería existir una partícula primordial que diera sentido a todo lo demás. Se apodó «La partícula de Dios», o bosón de Higgs.

«La partícula de Dios: Si el universo es la respuesta, ¿Cuál es la pregunta?» Leo Lederman, físico y autor científico, fue el primero en mencionarlo. Según la teoría, el bosón de Higgs permearía todo el espacio con un campo de energía desconocida para dar forma a nuestro universo, sin esta partícula no existiría nada de lo que existe.

El súper Colisionador de Hadrones tenía como función investigar este campo de energía y hallar las respuestas de la existencia. Allí se revelaría la más grande verdad del origen del universo, o desataría el poder para destruirlo.

Notas del autor

Los laboratorios y eventos mencionados en este libro son reales. Las investigaciones científicas y sucesos que se desarrollan a lo largo de esta historia sucedieron en las fechas anotadas y sus protagonistas hacen parte de la historia. Los mapas, locaciones geográficas y reportes de los hallazgos arqueológicos son igualmente ciertos.

El círculo del río de muerte también es real.

Prefacio

«Y aquí, siendo arrastrado por fuerzas que no puedo siquiera concebir en mi mente finita. Atado de alguna manera en mis dos brazos y arrastrando mis pies por el desmayo de todo mi cuerpo al estar en la presencia de lo innombrable. Escucho de igual manera las pesadas cadenas que arrastran detrás de mí y el fétido y putrefacto olor de entidades indescriptibles que se asoman eventualmente en el camino fangoso por el que me llevan contra mi voluntad. Figuras amorfas y repulsivas se revuelven en el suelo, pero lo más imposible de soportar, lo que es realmente intolerable, son los alaridos desgarradores de otros entes que no puedo distinguir en la distante oscuridad de este lúgubre valle. Todo el lugar está lleno de despojos, como si fieras profundas del pantano emergieran y desgarraran a los pobres infelices que se aventuran a transitar por ese lugar.

En realidad, no debo estar aquí, no tengo por qué estar en este espacio sombrío. Pero mi curiosidad desmedida y el deseo por ayudar a Arthur me trajeron de manera inexorable hasta aquí. No encuentro salida alguna, ni manera de comunicarme con los repulsivos seres que me someten y llevan al matadero. Si tan sólo no hubiera escuchado aquella llamada en mi buzón, si tan sólo hubiera estado inmerso en mis quehaceres convencionales, seguro no habría tomado el camino que me mostró mi amigo. Sin embargo, siento, a pesar de todo y del inevitable futuro al que estoy destinado, cierta alegría y satisfacción de haber ido en la ayuda de Laura y de sus hijos... Aunque también debo decir que lo más probable es que acudí por el deseo puro de conocer la verdad y entender los fines de la realidad que nos rodea; sin embargo, debo confesar que esto sobrepasa con creces lo que cualquier sórdida mente pudiera vislumbrar. Simplemente, no hay

palabras en ningún idioma que conozca, que sean útiles para describir al detalle lo repugnante y vil de este valle y de los malditos seres que lo habitan, no puedo hacer más, sólo dejarme llevar. Noto que mis lágrimas fluyen solas de mis ojos, no puedo contenerlas, ni evitarlas. Es imposible obviar el estupor y el espanto que siento ahora, justo en medio de este abominable hedor de materia en descomposición. Las fuerzas se fueron de mí y no encuentro ánimo alguno que me permita siquiera tener la mínima esperanza de que mi situación cambiará, a menos no para bien».

INDICE

PARTE 1

Momento crítico.....15

PARTE 2

Contra reloj.....231

PARTE 3

Mirando al pasado.....327

PARTE 4

En las arenas del tiempo.....415

PARTE 5

Volviendo al futuro.....609

PARTE 6

El colapso 673

PARTE 7

El pasado se resiste ser cambiado.....693

PARTE 1

MOMENTO CRÍTICO



CAPÍTULO 1

1

Requiero dejar en claro y compartir los hechos que me condujeron hasta aquí y los motivos que tuve para seguir el camino que he recorrido.

Todo comenzó cuando recibí un mensaje en el buzón de mi teléfono. Eran cerca de las 3 p.m. del lunes 11 de agosto del 2008, cuando llegó una notificación de un mensaje de voz en mi pantalla. Me causó mucha curiosidad que me llamaran desde un número extranjero, no me relacionaba con nadie fuera de mi región en Antofagasta, menos de otro país. Supuse que sólo eran mensajes de algún número equivocado. Los mensajes que recibí aquella tarde cambiarían completamente mi destino, y

también mi manera de contemplar la realidad de esta vida. Los mensajes llegaron entre las 3 y las 9 p.m. de ese mismo día, y esto era lo que decía la grabadora:

«Tiene un mensaje nuevo de +39 075 457852:

“Marcus, Marcus, amigo, perdona que te llame así de repente. Por favor, si oyes este mensaje, no dudes en venir de inmediato... mejor aún, ve a mi casa de inmediato.

Están sucediendo cosas imposibles de explicar por teléfono, pero estoy aterrado por lo que está aconteciendo.

Laura, mi mujer, ¿la recuerdas? Ella está en...”.

Fin del mensaje».

A esas alturas, recordé lo travieso que siempre había sido Arthur. Durante toda la vida que compartimos juntos, desde la más temprana infancia hasta nuestra graduación en la facultad de Ciencias Puras en la Universidad de Santiago, fuimos los mejores amigos. Siempre estuvimos unidos por lazos más allá de la hermandad y la confianza. Crecimos juntos en Antofagasta, ambos con un gran deseo de ser personas de bien y salir un día de nuestra rutina del pequeño villorrio de la séptima zona.

Un día nos fuimos juntos a Santiago a probar suerte y a estudiar en la Universidad Nacional. Arthur fue laureado en Antropología y arqueología, yo me gradué en Geofísica y Astronomía —eso fue allá en los años 85 y 89 respectivamente—. Terminamos nuestras carreras y decidimos seguir adelante cada uno por su lado. Nuestras vidas siempre estuvieron unidas por la amistad más sincera y estrecha que pudiera existir, sobre todo después de la desaparición de su padre en el frío invierno de 1966. Él quedó solo, era hijo único, y pasaba la mayor parte del tiempo conmigo en casa. A pesar de esa circunstancia tan difícil, Arthur nunca

perdió el sentido del humor y siempre hacía una que otra broma, algunas de mal gusto que hacían que muchos de los vecinos sintieran enojo por sus acciones.

Yo, por mi parte, fui criado por mi padre solamente, ya que mamá falleció al darme la vida en el 62. Así que, de alguna manera, nos sentíamos identificados el uno con el otro, y así forjamos nuestra amistad. Años más tarde, conocimos a Laura, una muy brillante y hermosa señorita de la facultad de Psicología, y por ella no pudimos seguir unidos. Ambos nos enamoramos de la misma mujer, pero ella tenía sus preferencias por Arthur. Así que, decidí alejarme de los dos y seguir con mi vida. Nunca volvimos a estar juntos los tres, un par de veces me crucé con él en algún seminario o lobby, pero todo cambió esa tarde de invierno intenso en Santiago.

2

«De repente comienza a estremecerse el cielo y algún trueno se aventura cortando las nubes negras del valle oscuro; hay más espanto en el valle. De manera intermitente pierdo la conciencia, sólo para abrir mis ojos en el interminable sendero por el que voy siendo arrastrado. A cada momento que avanzamos espero que sea el último instante de una visión pesadillesca y que de repente me despierte en la habitación de mi casa en Barcelona. Pero no es así, vuelvo a perder la conciencia, o al menos la memoria me ha abandonado. Estos instantes son tan confusos y escurridizos que no puedo darles una forma coherente en mis recuerdos. El asombro y el horror recorre todo mi cuerpo. Espero poder ver las criaturas que me llevan cautivo, pero es tan densa la tiniebla del pasaje, que no puedo ver más allá de mis codos a un lugar o al otro. El desgarrador susurro de los vapores mal olientes del pantano, invaden mis pulmones al punto de dejarme

sin la posibilidad de respirar de manera normal y debo, de tiempo en tiempo, abrir mi boca y aspirar una bocanada de aire corrompido de ese lugar.

¡Cuánto miedo siento!, ¡Indescriptible!, no sólo por mis oídos, entonces agudizados en esta tierra que me permiten escuchar espantosos alaridos vagabundos de seres retorciéndose en el fango, sino por las mismas pesadas cadenas que me sostienen de los brazos que imparten una sensación de soledad y desesperanza a mi ser; tan agotado estoy que no tengo fuerzas para resistirme y no quiero siquiera levantar mi cabeza. El aleteo de los que me arrastran se escucha como oleadas de fuego en un incendio devastador, y vuelvo a perder mi conciencia en la bruma, los vapores y la hediondez del valle».

3

Cuando escuché el buzón de voz, me reí del mensaje. Sabía que Arthur estaba jugando una de sus pesadas bromas de siempre. Aun después de varios años sin verle y sin saber de él, de alguna manera se las había arreglado para conseguir mi número del departamento de Geofísica y jugar conmigo. Seguí haciendo mis cosas, preparándome para salir un poco más temprano. Ese lunes terminaba las clases en la facultad y tomaría quince días de receso antes de retomar clases en el departamento de investigaciones de Astronomía. Entregué algunas carpetas a la administración del Planetario para las presentaciones de septiembre, y a las 7 p.m., mientras salía rumbo al subterráneo en la estación central, recibí otra notificación de buzón. Sin embargo, no me percaté de ella hasta que llegué al metro de la Avenida Libertador. Mientras esperaba mi vagón al norte, revisé mis mensajes, y entre los tantos pendientes de la facultad, apareció otra vez un número desconocido con un nuevo mensaje. Al subir al G8 me acomodé en la ventanilla y abrí el mensaje de voz.

«Tiene un mensaje nuevo de +39 075 457852:
“¿Marcus? Soy yo de nuevo. Amigo, sólo cuento contigo.
Por favor, ve a casa y habla con Laura, dile que encontré
una pista de papá y que debe darte lo que dejé en casa, la
caja. Por favor, no tardes. Cuando ella te entregue eso,
llévala contigo, y a nuestro hijo si es preciso. Cerciórate
de que estén bien, por favor”. Fin del mensaje».

«Esto es una locura», musité en ese instante, y no pude evitar sonreír tratando de imaginar de qué se trataba todo aquello. Pero algo llamó mi atención, después de escuchar ambos mensajes de Arthur una y otra vez, advertí que su voz había cambiado un tanto entre el primer y segundo mensaje. Ahora, en el más reciente, no se podía percibir la fuerza y juventud de su tono, y la angustia que expresaba era mayor. Fueron un par de frases entrecortadas y suspendidas, como quien se queda sin aire durante el discurso; en realidad había mejorado mucho sus capacidades histriónicas, no cabía duda. Aunque, jugar con lo su papá desaparecido hace tantos años... eso era otra cosa.

Cuando llegué a mi estación me levanté para salir del vagón, estaba un poco lleno por la hora pico. Saludé a un par de señoras que estaban buscando la salida y les di lugar para que bajaran primero. Caminé por la plataforma y crucé al otro lado en la plataforma de vuelta, subí a la calle y me tropecé con Calixto, el chico que lustraba las botas en el descanso de la escalera. A veces le regalaba alguna moneda que llevara en el bolsillo; otros días cuando tenía algo de tiempo, me detenía unos minutos para brillar mis zapatos un poco. Esa noche, sólo ignoré que estaba allí y seguí mi camino. Crucé la avenida y me dirigí a mi apartamento, estaba muy cansado.

Me levanté de mi sillón pasada la medianoche y me serví una copa de vino que tenía en reserva para alguna ocasión especial que olvidé. Vivía en el centro de Santiago, en un edificio moderno en Teatinos, entre Huérfanos y Compañía de Jesús, en un apartamento modesto en el piso 9no. Disfrutaba mucho de la vista, aunque la ventana nunca estaba abierta durante el invierno, y a pesar de que no había balcón, mi sillón estaba de frente a la ventana desde la cual contemplaba la ciudad y escuchaba alguna canción de moda. Al acabar mi copa me fui a dormir, pero no pude dejar de pensar en Arthur y en Laura.

Esa noche y las siguientes, los sueños que vinieron a mi cabeza fueron como ningún otro en mi vida. Sombras comenzaron a cernirse en el espacio de mis visiones y una angustia aterradora empezó a invadir mi cabeza. Cosas que jamás pude recordar, palabras que nunca pude entender con claridad, rostros difusos... El viernes por la noche, muy tarde, después de ver el espectáculo de las perseidas con mi telescopio, caí en un profundo sueño, o pesadilla, o experiencia híbrida, que según lo que entiendo, para muchos fanáticos sólo encuentra cabida en el campo de lo paranormal. Esa noche, esa primera noche en particular, vi en mis pesadillas a criaturas fantasmales y caóticas, así como paisajes desconocidos y mohosos que se disolvieron una vez que desperté sobresaltado cerca de las 4:00 a.m., por un trueno ensordecedor que rompió el silencio del cielo chileno esa madrugada. Estaba sudando frío y, con un nudo en la garganta, sentía que mi corazón se iba a salir de mi pecho, así mismo la sensación de ser observado a cada instante. Me levanté de la cama y tomé una aspirina, fui por un vaso de agua del grifo para pasar los nervios y remojar mis labios. Entonces, me acerqué a la ventana de la sala, pero ni bien me acomodé en mi sillón, el resplandor de un relámpago distante disipó la oscuridad y vi un rostro siniestro reflejado en la ventana. Quedé paralizado, completamente inmóvil, incapaz de sostener mi

vaso; sólo veía ese rostro en la ventana. Sentía que mi corazón estaba por salirse de mi pecho. El impacto sonoro del relámpago estremeció el vidrio con un ruido ensordecedor. Entonces, escuché mi nombre: *¡Marcus!* *¡Marcus!*, en la voz temblorosa y angustiada de Arthur, y allí desperté en mi habitación por la fuerte descarga celestial que alumbró todo Santiago. Había tenido la primera experiencia de este tipo en toda mi vida. Miré a la puerta que daba a la sala, me precipité de un golpe y tomé mi pistola de la gaveta de la mesita de noche —por motivos de seguridad había adquirido una Beretta un par de años atrás con ayuda de uno de mis alumnos que formaba parte del grupo élite de Carabineros— y corrí a la ventana buscando el siniestro rostro que acababa de ver en mis sueños. No recuerdo haberla dejado abierta, pero el hielo de la madrugada y el rocío de la lluvia entraban a la sala y habían mojado el sillón. Cayó otro trueno tan fuerte que disparó las alarmas de todos los autos en la zona. Escuché nuevamente el grito de Arthur en mi cabeza y se me erizó la piel; no sabía qué estaba sucediendo, pero eso no era nada normal. Cerré la ventana con gran prisa y cierto temor, con mi arma sin seguro por si debía tirar del gatillo y me dejé caer en el suelo para tomar aliento y fuerzas. Allí me quedé hasta que amaneció.

CAPÍTULO 2

1

En realidad, nunca fui un hombre supersticioso, nunca creí en ángeles ni demonios. Soy un hombre dedicado a la ciencia y estudio todo lo que puedo para conocer este vasto universo en el que vivimos. Soy consciente de que hay mucho que ignoramos, como lo dijo alguna vez sir Isaac Newton: *Lo que sabemos es una gota de agua, lo que ignoramos es el océano*. En mis estudios he aprendido y enseñé que la mayor parte de nuestro universo está conformado por energía oscura y que ignoramos por completo dónde está toda la antimateria que se formó en el Big-Bang. Aún estamos investigando qué es esa fuerza misteriosa que perturba las esferas celestiales y las hace huir la una de la otra en una aceleración perpetua. Siempre supe y estuve convencido de que hallaríamos las respuestas a estas preguntas en algún experimento y de que podríamos cerrar el círculo de todo lo que ignoramos. Yo siempre juzgué de locos y fanáticos a los que dijeran algo contrario a la ciencia. Dentro de ellos, de ese grupo de personas crédulas o inocentes —o más bien ignorantes, desde mi perspectiva— estaba mi buen amigo Arthur, ese mismo que ha estado enviando mensajes extraños toda esta semana y que se ha metido en mis sueños de una manera desconcertante y con un tinte maligno.

Arthur siempre estuvo obsesionado por las conversaciones y las historias fantásticas que su padre le confiaba cuando venía de sus viajes de trabajo en los altos picos andinos y de recorrer las tierras del fuego y las costas del océano Antártico. Cuando jugábamos en el campo y en los

senderos verdes de la villa en Santa Lucía de Antofagasta, Arthur solía contarme estas historias de seres mitológicos y fuerzas enigmáticas que su padre le refería después de sus travesías. Su padre, muchos lugares conoció en sus viajes y, siempre volvía buscando respuestas a sus propios laberintos. Él nunca pudo estar más de tres meses en la villa, debía volver a buscar lo que fuera que le mantenía ocupado. El nombre de su padre era Amadeus, criado en costumbres religiosas un poco extrañas que muchos tildarían de exotéricas, siempre creyó que había algo más después de la vida y la muerte. Muchas de las cosas que afirmaba saber estaban fuera de la imaginación de cualquier perturbado, y seguro no encajaban en ningún examen de psiquiatría conocido. Estoy seguro de que la mayoría de las cosas de las que se enteró en sus viajes e investigaciones nunca fueron mencionadas por él, y seguro de que pocas personas las conocían. Al menos no se atrevían a contarlas a nadie, más por miedo a que los llamaran locos o acusaran de tener pactos con entes de otra dimensión o espectros siniestros, o simplemente por terror a nombrar lo que no querían tener cerca, ni aun es sus pesadillas.

Estas ideas, absurdas para mí, llenaban la imaginación de Arthur de fantasías increíbles que luego me confiaba, no sin antes añadir tal o cual parte personal. Siempre vi estos relatos como cuentos de hadas y, entonces, ante su frenética insistencia de hablar siempre de lo mismo, una tarde pactamos demostrar lo que creíamos y convencer al otro de la verdad. Hicimos un pacto de sangre, éramos sólo niños todavía, pero siguiendo uno de los rituales de los manuscritos de su padre, jugamos. Así nuestras vidas se mantuvieron unidas, y escogimos las profesiones que debíamos para ahondar en los misterios del más allá que dieran respuestas a los interrogantes de la fe y el misticismo y aclararan los caminos de la verdad científica.

Yo opté por la Geofísica y la Astronomía, Arthur por la Antropología y la Arqueología. Queriendo saber qué pasó con su desaparecido padre,

él se enfocó en el estudio de la mitología y las leyendas de las culturas antiguas y ancestrales del tiempo precolombino, y de las creencias del antiguo imperio romano, de donde vienen sus raíces familiares. El nombre de su padre literalmente significa *El que ama a dios* y el suyo *Guerrero antiguo*. Él Siempre hacía alarde de sus nombres y creía que había algo especial en sus destinos. Su padre desapareció un día y nunca regresó, sólo recibieron de él una carta ininteligible, llena de garabatos y símbolos que derivaban finalmente en cinco letras distinguibles en un mapa desconocido: «O D I G U». Esta nota la conservó Arthur hasta donde sé. Sin embargo, yo no le di importancia; parecía más bien una mala jugada de un padre irresponsable que envía una nota a su hijo abandonado después de doce años de haberse ido.

Terminé de ducharme y me dirigí como de costumbre a la esquina de la Casa de la Moneda para comprar el diario de ese día. Aún llovía sobre la capital, así que preferí irme dos calles arriba y tomarme un café, un buen desayuno en Starbucks en Catedral. Al llegar, el aroma del café cautivó mis sentidos y corrí a mi lugar de siempre esperando a Mónica, quien usualmente me atendía en las mañanas de los sábados mientras leía el periódico. Esa mañana no había habido reparto por causa de la fuerte tormenta, pero tomé algún par de revistas de la *National Geographic* que estaban en el stand para pasar el tiempo.

—Buenos días, profesor. ¿Con lluvia esta mañana?

—Hola, Mónica, buenos días. Sí, así parece. Llovió toda la madrugada.

—Sí, profesor, una tormenta espantosa. ¿Qué va a pedir esta mañana?, ¿lo de siempre?

—Sí, claro que sí. Sólo cambiemos el *latte* por un *expresso* doble fuerte, por favor. Y una botella de agua con gas adicional.

—A la orden, profesor. En cinco minutos le traigo su pedido.

Mientras esperaba mi desayuno, abrí la revista y noté el titular del nuevo proyecto que estaba adelantando el departamento de física e investigación nuclear CERN para iniciar las pruebas en el año siguiente. Yo fui uno de los afortunados que participó en el diseño y puesta en marcha del LHC (Colisionador de partículas) en las cercanías de Ginebra. Precisamente, para esto había estudiado y trabajado tanto, para aportar algo en el avance de la ciencia y alcanzar el conocimiento de la verdad suprema del origen y final del universo. Mientras pensaba en todo lo que podríamos lograr con la puesta en marcha del LHC en el siguiente año, quedé absorto en mis pensamientos, y de alguna manera me trasladé hasta las instalaciones del CERN reviviendo los momentos de la ceremonia de inauguración. Sólo faltaban unas semanas más para que todo comenzara a funcionar y se realizaran las primeras pruebas. Estaba seguro de que eventualmente nos acercaríamos a las respuestas más espectaculares de la ciencia y podríamos conocer los detalles de la arquitectura y construcción del universo, Robert había preparado todo para la etapa final.

Alguien golpeó la ventana desde afuera y me sacó de mis memorias: era una niña en medio de la lluvia, la distinguí por sus cabellos negros que sobresalían de la capucha que vestía, había golpeado el vidrio con un medallón, uno antiguo en realidad y se quedó allí estática, parada enfrente de mí. Comenzó a llover con mayor intensidad y un fuerte relámpago cayó muy cerca del local. La luz invadió todo el recinto y la calle, y por unos instantes quedamos ciegos por el fuerte resplandor. El fluido eléctrico fue interrumpido de inmediato y unos segundos más tarde el generador de emergencia se inició y volvió la luz al Starbucks. En ese momento, mientras trataba de ver mejor, escuché una moneda girar en mi mesa, en la cafetería... era el medallón de la niña de la ventana.

—¿Profesor? ¿Profesor? —Escuchaba a lo lejos la voz de Mónica—. ¿Profesor, está usted bien?

De repente, un fuerte ruido desgarrador en mi cabeza me sacó del estado hipnótico en el que me encontraba. Fue la voz moribunda y desesperada de Arthur una vez más gritando: «¡MORNE!». Reaccioné entonces y volví a mi mesa en el ala derecha del local, justo la que da a la calle Catedral, diagonal a la Iglesia de Santa Ana. Allí estaba Mónica con su delantal y la bandeja con mi desayuno de los sábados: pan tostado con mermelada, una taza de café *expresso* doble, mantequilla en barra, un par de huevos rancheros y la botellita de agua con gas. Sólo estaba ella, no había niña en la ventana, ni moneda, medallón o lo que fuera en mi mesa. No entendía nada de lo que me estaba sucediendo, ¿de dónde venían esas visiones y esos sueños retorcidos? ¿Qué estaba pasando con mi mente?

—Sí, claro, todo en orden —contesté de inmediato, esperando poder disimular mi mal estado—. ¡Gracias!

Ella se retiró de la mesa después de acomodar todo a mi alcance. Yo seguía un poco alterado por lo que acababa de pasar y veía de manera obtusa todas las cosas, y... la moneda... más bien el medallón que traía la niña en su mano al golpear la ventana, estaba también de manera constante en mi mente. Cuando cerraba los ojos estaban allí, la niña, el golpeteo en el vidrio, el relámpago y el medallón... todo era muy confuso. Las personas en la cafetería me miraban como a un miserable, aun Mónica estaba atenta y, yo, con cierta preocupación sonreía mientras la miraba. Yo estaba muy sudoroso y no podía controlar el temblor en mis manos, sentí que mi estómago se descompuso de un momento a otro y no podía seguir en ese lugar. Tomé mi paraguas y salí corriendo del local hacia mi apartamento. El susurro de una voz siniestra y burlona en mis oídos me perseguía por las calles: «¡MORNE- MORNE- MORNE!», esa

maldita voz no se callaba. Pero ya no era Arthur quién hablaba, la voz había cambiado. Esa voz siniestra y farfullante seguía allí, pero al entrar a mi apartamento... todo cesó. Sentí paz y alivio al cerrar la puerta. Antes de darme cuenta, estaba en la ducha caliente, tratando de sosegar mi desesperación y darle una explicación lógica y coherente a toda esta locura que se había desencadenado desde la noche del jueves.

Sonó el citófono de la cocina. Me apresuré y salí de la ducha de inmediato.

—¿Hola? —contesté.

—Buen día Señor, Marcus. Es Mónica, de Starbucks... Es que ha dejado su agenda y móvil en la mesa del local. Discúlpeme, pero he venido a entregársela.

—¿Mónica? —¿En qué momento dejé mis cosas?, Verdaderamente, ese no era yo. ¿Qué diantres me estaba sucediendo? — Aaah...

—Señor Marcus, ¿está usted allí? ¿Me escucha?

—Eeeh... sí, sí, aquí estoy. Por favor, suba...

Abrí la puerta de la recepción con mi control y ella subió a dejar las cosas. Mientras ella subía, acomodé el sillón y recogí los vidrios de la copa rota. Aunque no recuerdo haber roto nada... Eso fue un sueño... ¿o no?; Creo que fue un sueño, pero ¿cómo estaban los cristales en el suelo?, y la ventana... la ventana estaba abierta, ¡otra vez! Juro haberla cerrado esta mañana cuando apunté con mi pistola y esperé al amanecer aquí, justo aquí, sentado al lado de la ventana apoyado contra la pared. Abrí la puerta para que Mónica pudiera entrar, pero ella nunca llegó al apartamento. Le esperé por poco más de quince minutos y ella no apareció. Así que cerré la puerta y volví a mi habitación para tratar de dormir un poco. Creí que la falta de sueño me estaba haciendo mal, así que me recosté en mi cama. Estaba a punto de quedar dormido, cuando sonó

de nuevo el citófono de la cocina. Me levanté con cierta pesadez y somnoliento a contestar...

—¿Quién es?

—Hola, señor Marcus. Es Mónica, de Starbucks... Es que ha dejado su agenda y móvil en la mesa del local. Discúlpeme, pero he venido a entregársela.

—Sí, claro. Sube, está abierta la puerta.

—No puedo subir, señor Marcus. Además, ya es tarde. Sólo pasé para entregarle sus cosas. Puedo dejárselas en portería, si usted desea.

—No, Mónica. Espérame, por favor. Bajo en un instante.

Apenas colgué, bajé de inmediato a la recepción para recuperar mis cosas. Saludé a la chica que tan gentilmente me vino a entregar mis cosas y le di 10 dólares de propina —los que ella no quiso recibir—. Le pregunté por qué no había subido antes.

—No vine antes, apenas ahora salgo de mi turno. Además, llovía muy fuerte, era imposible caminar en la calle hasta ahora. ¿Está usted bien, señor Marcus? —preguntó ella, con una sonrisa de cordialidad ensayada.

—Sí, claro, tiene usted razón, señorita. Llovió muy fuerte.

Apenas me dio mis cosas se subió a la moto de alguien que la había traído y se fue. Allí me di cuenta de que eran las 4 de la tarde, pero ¿En qué momento pasó el día? Apenas me acosté unos segundos en mi habitación... debían ser las 8:30 a.m. cuando llegué en la mañana. Todo era muy confuso en mi cabeza. Subí al ascensor central y marqué el 9 para mi apartamento. Mientras subía, revisé mi teléfono y tenía el acumulado de todo un día de mensajes y notificaciones. Ya en mi habitación, conecté el cargador y fui a la cocina a preparar algo de comer, tenía un hambre increíble, bueno, no había desayunado siquiera. Pero ¿y qué fue lo que pasó en la mañana? Debió ser mi subconsciente diciéndome que había

dejado mis cosas en la cafetería, sí, claro, debió ser el sistema de alerta de mi cerebro diciéndome que algo no estaba bien. Aunque, entonces, ¿lo soñé todo?, ¿o imaginé todo aquello?

Ya con el estómago lleno y un buen tiempo disfrutando de mi serie favorita en HBO, *True Blood*, que estaba en estreno, me olvidé por un momento de todas las cosas extrañas de ese día. El cielo estaba despejado y, claro, sería una noche hermosa de luna llena en Santiago. Pasadas las 8 p.m., fui por la botella para tomar mi acostumbrada copa de vino antes de revisar mis trabajos y proyectos de la universidad, pero la copa no estaba. La encontré hecha pedazos en la caneca de la basura. Todo se vino de repente a mi memoria como una cascada de recuerdos y visiones confusas y sentí mi cuerpo pesado e inmóvil. Por unos segundos sentí volverme loco, y entonces sonó mi celular. Era el buzón de voz otra vez; una notificación de un mensaje recibido el lunes pasado, pero sin abrir:

«Tiene un mensaje nuevo de +39 075 457852:

“Marcus, ¡Tenías razón! Todo esto es una falacia, no hay nada más allá, ¡todo está aquí, todo! He encontrado a mi padre y decidí comunicarme contigo para decirte que tenías razón, debí haber dejado todo en el pasado y seguir con mi vida y con Laura... este mundo está maldito, Marcus, este mundo está condenado, no hay tiempo, no queda mucho. Tú sabrás qué debes hacer, te espero. ¡Ven pronto, amigo!”.

Fin del mensaje».

La voz de Arthur estaba sumida en una total y aberrante sensación de abandono, y el sonido a su alrededor tan deprimente que me di cuenta de que no jugaba con lo que decía. Casi todo lo que escuché fueron gritos frenéticos de un alma angustiada. La forma en la que me suplicaba ir a su encuentro hizo que me percatara de algo aún más desconcertante. Cuando separé los mensajes de voz en mi buzón, me di cuenta de que todos los mensajes habían sido enviados en el mismo día: 29 de febrero del año 2000. Además, noté algo que había pasado por alto, aunque siempre estuvo delante de mis ojos: las tres llamadas se hicieron desde Italia, en tres ciudades distintas, con un intervalo de 66 minutos cada llamada; Pero, es que estábamos en el año 2008, y ¿cómo es posible que recibiera tres mensajes desde el otro lado del mundo después de 8 años?, ¿cómo pudo Arthur comunicarse desde tres ciudades distintas en tan poco tiempo? ¡Esto era obviamente imposible! Sumando todas estas circunstancias, a lo que había experimentado en las últimas 72 horas, me hicieron tomar la decisión de ir hasta su casa. Estaba sucediendo algo en el espacio-tiempo que estaba alterando toda la realidad que conocía hasta ese momento, y ¿cómo es que había encontrado a su padre, quien fue dado por muerto hace más de 30 años? «¿Dónde estás, Arthur?», fue la pregunta que asaltó mi mente y que creó la urgencia de ir por él. Recordé mi última conversación con Robert la noche de la inauguración «Lo sabrás a su tiempo, hijo, todo lo entenderás a su tiempo», no sé por qué vinieron esas palabras a mi mente».

2

«Este es el principio de mi camino, cuando decidí venir a buscarlo, venir por mi amigo de toda la vida. Debía venir en su ayuda, no podía dejarlo a su ventura... él en verdad me necesitaba. Siempre que pedí su ayuda, él estuvo para mí cuando

murió mi perro, cuando papá volvió a casarse, cuando me golpearon un par de bravucones de la escuela y al perder mi primer empleo. Él siempre estuvo a mi lado cuando más lo necesité. Es lo menos que podía hacer entonces... venir por él. Creo que estoy cerca, creo que este lugar se asemeja en muchas maneras a lo que escuché en el teléfono cuando me llamó hace 8 años. Apenas llevo unos minutos aquí y estoy seguro de que lo mejor sería morir, siento desmayar en todas las maneras posibles. No imagino cómo Arthur ha soportado tanto tiempo aquí, ni siquiera sé si está vivo, o si podré volverlo a ver, pero iré hasta el final, hasta las últimas consecuencias.

Me he desmayado tantas veces que ya he perdido la cuenta y noto que me he vomitado encima. Es insoportable la putrefacción y la soledad en este lugar. No hay ser vivo que pueda permanecer aquí sin caerse a pedazos. Los vapores, la tiniebla y los alaridos constantes, así como el intenso calor húmedo, deshacen cualquier deseo de emancipación. Sólo te rindes y te dejas llevar a donde te lleven. Las fuerzas y las ganas de luchar se van de ti y no encuentras esperanza sino en la misma muerte... jeso es! Sólo desees morir, y ese es el camino que quieres seguir, es el destino al que quieres llegar de una maldita vez; sólo quieres que pare.

Recordar a Arthur y a Laura me dan un poco de fuerzas y deseos de llegar consiente hasta el final y saber qué es este lugar. Estoy a punto de desvanecerme de nuevo, mis ojos se cierran al tiempo que toda mi carne se estremece ante el zumbido de mis oídos. Escucho cuernos tenebrosos sonar en la remota distancia. Los seres que me arrastran apresuran su aleteo; ahora es más fuerte el arrastre y un aire vaporoso se acelera en mi cansado rostro. Vuelvo a vomitar en medio de toda la inmundicia en la que voy suspendido de mis brazos.

Cae un relámpago y gruñen las criaturas que me llevan, con un sonido tan molesto como aturdidor. Casi pierdo el sentido, pero el espantoso grito de esas abominaciones aladas me trae de vuelta. Es allí cuando aparece un monte alto. Una gran montaña se avista en medio del resplandor de la noche y acrecienta el ruido distante de los cuernos y de lo que podría ser un vocerío de miles de

espantos indescriptibles, gruñendo, gritando, revuelto y mezclado con el alarido de víctimas siendo desgarradas y devoradas por criaturas que no aparecerían ni en la peor y más siniestra pesadilla. Todo se confunde en un eco espeluznante y sombrío entre el abismo y la montaña delante de mí. Sólo puedo ver las multitudes en el valle contiguo, al tiempo que pasamos por un enorme monolito de piedra tallada que forma un arco siniestro, ubicado sobre unas escalinatas de la misma roca.

Hemos salido al fin del pantanoso valle, pero ahora siento que soy más pesado y las cadenas están cortándome la piel... Quiero gritar, quiero pedir misericordia, pero es inútil, no tengo fuerzas, no tengo ganas, y al fin de todo, no me escucharían de ninguna manera. Estoy seguro de que ni los creyentes en dios podrían tener esperanza (o fe, como ellos le llaman) en este lugar horrendo y no imaginado por ser viviente alguno, u olvidado por todo lo que pudiera ser bueno. Si dios existe, seguro no sabe de este lugar. No puedo más y me desvanezco».

3

Así que, revisé mi agenda y ubiqué la última dirección de su residencia que me había dejado escrita en nuestra última reunión.

Unos años atrás, durante un viaje de trabajo con la comisión de investigaciones del CERN en 1997, el destino cruzó nuestros caminos en el aeropuerto El Dorado en Colombia. Yo iba hacia Múnich, Alemania, y luego una última conexión a Suiza para compartir un par de conferencias de Astronomía en el *Observatoire de Genève*; él viajaba a Sao Paulo para alguna excavación en las montañas de Minas Gerais y de allí iría a la selva amazónica. Él seguía entonces buscando a su padre, siguiendo los rastros y las pistas de los documentos que su papá le había dejado. Mapas, indicaciones y misterios que, según él creía, sólo podría descifrar recorriendo el mismo camino. Ambos siempre fuimos muy testarudos y

ninguno quería perder la apuesta pactada en la adolescencia. Yo, por mi parte, convencido en descifrar los misterios del universo y probar que no hay un «más allá», y Arthur con el deseo de demostrarme que ese lugar sí existe, pero está lejos de todos nosotros hasta el día de la muerte. Yo estaba convencido de que, a través de la ciencia, al terminar el LHC en Europa, estaría más cerca de ganar mi apuesta.

En la agenda encontré su dirección, pero no tenía número telefónico. Apenas hasta ahora, me daba cuenta de que él residía en la ciudad de los Caballeros en la isla «La Española». Así que llamé a mi agente de viajes y reservé para el próximo vuelo a República Dominicana en el mar Caribe. Mi vuelo fue programado para el lunes 18 de agosto a las 7 a.m. desde Santiago de Chile, con escala en Lima y luego en Bogotá; un par de horas después, un transbordo a Panamá y finalmente a Santo Domingo; debía estar en La Española a las 7 p.m., hora local.

Cuando llegué al aeropuerto en Santo Domingo, un taxi me llevó hasta Santiago de los Caballeros, casi por cuatro horas en la autopista — nunca había pagado tanto por una carrera, 150 dólares americanos me parecieron demasiado, pero esa era la economía del país —. La dirección de mi agenda me llevó hasta la parte más céntrica de Santiago de los Caballeros, en Restauración con Calle Cuba, a sólo dos esquinas de la avenida Carreras. Cuando vi el GPS, noté que cerca estaban todos los monumentos y sitios históricos que Arthur mencionaba cuando niño. Su padre, al parecer, recorrió todos estos lugares durante sus viajes misteriosos. Era obvio que Arthur eligiera esta ciudad, y no sólo eso, sino que también estuviera viviendo en el mismo epicentro de las investigaciones de su padre.

La historia de esta ciudad es muy importante para ciertos círculos secretos de la sociedad. Tanto masones como altas cortes religiosas tienen sus afectos en ciudades como esta, incluso la corona española hizo un

acuerdo de hermandad con esta urbe por algún motivo desconocido, y treinta caballeros templarios —según se cree— la fundaron en 1495 por motivos más allá de establecer una colonia española en el caribe —aunque esto es una historia, y casi leyenda, que la mayoría de las personas desconoce por completo—. Recuerdo lo que Arthur hablaba al respecto y de cómo había misterios que su padre quería descubrir, que darían respuestas a los enigmas de la vida y la muerte.

Seguimos de largo al pasar por la dirección de la casa, no podía llegar a esas horas a la residencia de Arthur, además, no estaba seguro si vivía aún en ese lugar. Ya eran casi las 2 a.m. del martes, así que dimos una vuelta hasta la Catedral de Santiago Apóstol y viramos al norte por la ruta 16 para salir de vuelta a la avenida. Me hospedaría en el Hotel Puerta del Sol, justo en frente de la plaza del Monumento a los Héroes de la Restauración, en la 6ta con Calle del Sol. Pasaría allí mi resto de la madrugada y después del desayuno iría a casa de Arthur, al menos eso esperaba. En verdad deseaba que estuviera allí, que esa fuera su vivienda actual.

Al amanecer, me desperté un poco tarde, había dos horas de diferencia por el horario de invierno en Chile, ya eran las 9 a.m. y perdí mi desayuno en el hotel. Salí a caminar y compré un café en la esquina; con eso era suficiente por el momento. Sólo quería llegar a casa de Arthur y saber qué era lo que estaba sucediendo.

Calle Cuba 53, 51250 RD.

Sí, ese era el lugar. Una casa muy hermosa y no tan modesta, con los ventanales en todo el frente, el gusto de Laura definitivamente. Arthur era más discreto en sus gastos y no le gustaba mucho este tipo de fachadas suntuosas. Cuando llegué a la puerta exterior, allí estaba ella, venía saliendo con una chiquilla de siete u ocho años al jardín. Laura, tan

hermosa como la recordaba, no había pasado el tiempo por su vida. Yo había ganado unos quince kilos y ahora usaba lentes, creo que el estudio extenso de los astros y el uso frecuente de telescopios en los observatorios hicieron su parte. Ella, de inmediato, me reconoció y comenzó a llorar, sin mediar palabra volvió adentro de la casa junto con la niña. Yo me quedé allí, de pie, afuera de la reja exterior, sin saber qué decir. Unos instantes después escuché el seguro magnético abrirse y entonces ingresé a la casa. Ahora no daré detalles de lo que pensaba, sólo que quería saber de Arthur y de lo que él tuviera que decirme.

Me senté en el sillón de la sala, Laura no estaba allí y pude ver algunas fotografías en la pared, pero Arthur no aparecía en ninguna de ellas. No sabía qué estaba sucediendo, pero podía suponer que estaban separados; seguro los continuos viajes de Arthur fueron el catalizador para un divorcio —no hay manera de que un matrimonio se sostenga de ese modo; lo sé en carne propia—. Por eso mi pequeño Marcus vive con papá en Barcelona y Károl... bueno, me sucedió lo mismo con ella.

Finalmente, Laura apareció con una caja mediana, cerrada con cinta por todos lados, que tenía mi nombre. Estaba marcada con todas las especificaciones: «Para Marcus Alexander Wagner», no había duda de que era para mí. Laura no dejaba de llorar, y no me dijo una sola palabra. Cuando me entregó la caja, sólo dijo:

—¡Largo de aquí! No quiero saber más de ti, ni de Arthur, ni de nada más de ustedes.

—Laura, ¿qué es lo que sucede? Hace más de una década no te veía ni sabía nada de ti y hace años que no sé de Arthur, ¿por qué me corres de esa manera? —En verdad no tenía idea de qué estaba sucediendo o de qué había ocurrido, pero ella estaba muy alterada y yo no sabía qué pensar o decir.

—¡Vete ya, Marcus! ¿Acaso no es suficiente lo que he tenido que vivir, para ahora tener que verte aquí? ¿Dónde está Arthur?, ¡dímelo!

—Vaya..., Laura, no tengo idea... —contesté de inmediato—. He venido a buscar...

—¡No mientas! ¡Él estaba contigo!...

—Pues... ¡no!, ¡claro que no! No he sabido nada de él en años... ¡ya te lo he dicho!

—¿Y qué demonios haces aquí? ¡Viniste a buscar esa maldita caja de basura! Pues allí está, ¡tómala y vete!

La situación estaba muy tensa, yo confundido y ahora sabía que Arthur no estaba. No podía irme sin hablar con ella, así que la tomé por los hombros y la abracé. Ella trató de soltarse, gritó, me golpeó, pero finalmente no soportó más y rompió por completo en llanto, de una manera desconsolada. ¡Pobre mujer! No sabía qué sucedía con ellos, pero al menos ya estaba allí. Debía esperar a que se tranquilizara y quisiera hablarme al respecto.

Instantes después, se calmó un poco y nos sentamos en la salita. En ese momento, comencé a contarle lo que había pasado y por qué estaba allí. Ella no podía creer mi versión y me contó su historia.

Arthur había salido hacía ocho años a las Filipinas en busca de una de las pistas para su investigación. Venía del Brasil y de algunas ruinas en Bolivia, regresó a casa en Santiago, estuvo un par de días y luego se fue después de recibir una llamada misteriosa, prometió que volvería de inmediato, pero nunca regresó. Desapareció por completo y no supo más de él. Apenas hacía una semana recibió mensajes de él en los que le pedía que no tuviera miedo y que si yo llegaba me entregara esa caja que le había dado a guardar y se quedara conmigo.

—Antes de irse, discutimos, me enojé mucho. —agregó Laura, visiblemente alterada y nerviosa.

Según ella me contó esa mañana, Arthur se veía muy demacrado en ese momento y le prometió que ese sería el último viaje, le dijo además que había concluido con su investigación. Él también le dijo esa tarde

que volvería en un par de días; y que, de ser posible, le presentaría a un amigo muy especial... que todo sería diferente y que serían una familia muy feliz. Sin embargo, Arthur nunca regresó.

Ahora tenía casi ocho años de haberlos dejado, y lo habían declarado muerto oficialmente hacía unos meses en República. Le mostré sin vacilar los mensajes que había recibido, le dije que mirara la fecha en que los recibí y el día en que los envió.

Nada tenía sentido.

¿Dónde estaba Arthur? ¿Estaba con vida? ¿Qué había en la caja que quería que yo tuviera? La parte difícil era que accediera a irse conmigo a Barcelona, dejarla con papá era lo mejor que podía hacer antes de seguir en busca de Arthur. Él me pidió que los pusiera a salvo, pero no sabía de qué. Otra opción era dejarla en casa, había estado allí por ocho años sin inconvenientes, ¿qué lugar más seguro que ese? Revisé su teléfono y el mensaje de ella también era de la misma fecha en la que recibí mi primer mensaje.

Laura en medio de sus pesares, asombros y dudas, siguió contándome lo que había pasado. Y el detalle más conmovedor fue saber que la pequeña Amy nunca conoció a su padre. Cuando él partió, dejó a Laura con este hermoso recuerdo. Por eso no la mencionó en su mensaje —no imaginaba lo desconcertante y emocionante que sería para él recibir la noticia que tenía una hermosa princesa en casa que le esperaba ver.

Volví al hotel en la tarde, con la caja y muchas preguntas más. Estaba seguro de que al abrirla y mirar su contenido sabría qué hacer, o por lo menos entendería algunas cosas de las que estaban sucediendo. Le dejé los mensajes a Laura para que los revisara y si recordaba algo más me dijera, y que pensara en lo que me pidió Arthur sobre que la llevara a ella y a su hijo a un lugar seguro. Definitivamente, a Arthur, las cosas no le salieron como las había planeado, y desde su ubicación —al parecer

en Italia— debió hacer un cambio de planes de última hora. Dependía entonces de que ella accediera a viajar conmigo.

CAPÍTULO 3

1

Pero al abrir la caja en el hotel, encontré muchos papeles que ya había visto antes. Los documentos cuyo padre le confiaba de niño, todos estaban allí, y había otros más recientes que no había visto; sin embargo, también me eran familiares. Se trataba de mapas, rutas de navegación marina, planos topográficos e imágenes térmicas de algunas partes de América, junto con mapas y diagramas de campos magnéticos del planeta. Nunca pensé que Arthur se interesara en Geofísica, parece que ahora también estaba interesado en mi área de experticia. Había más de doscientos documentos variados, todos con inscripciones extrañas, símbolos y frases en clave. De niños siempre jugábamos con esos papeles y solíamos escribirnos mensajes en código, de modo que sólo los dos pudiéramos comprenderlos. Cuando los vi, recordé esos días y entendí por qué era necesario que viniera por esa caja. Sabía, ahora estaba seguro, de que en esos documentos y manuscritos estaría la respuesta que estaba buscando... allí estaría la clave para hallar el paradero de Arthur.

De todos los papeles que saqué esa tarde, uno llamó de manera especial mi atención: un mapa con cinco montañas, en una región muy amplia, pero no tenía coordenadas ordinarias, de hecho, todo estaba escrito en algún idioma que no conocía, y muchas de las palabras se combinaban con números y símbolos. Pero lo interesante de eso, era que estaba

marcado con una “X” y un círculo rojo en el centro del mapa. Debía revisar todo, más de doscientos documentos, y tenía una carrera contra reloj; no sabía si Arthur estaba vivo o muerto, o dónde estaría. Había muchas preguntas en frente de mí y muchos nuevos misterios que sabía, eran pistas e indicaciones para ir por él o al menos para saber qué le había sucedido.

Así que, organicé todo lo que pude y me enfoqué en ese primer mapa, seguro estaba adelante por un fin... seguro que quería que fuera lo primero que viera. Me tomó un par de días en el hotel indexar todos los papeles, los organicé por mapas, locaciones y fechas de viaje. Los manuscritos antiguos fueron más complicados, pero me sirvió recordar esos días cuando Arthur me los compartió en Antofagasta.

En la tarde del jueves, Laura llegó al hotel con Luciano y Amy, sus dos hijos. Los recibí en el lobby. Nos tomamos un refresco en la cafetería. Conversamos de muchas cosas, recordamos un tanto más y coincidimos en querer saber qué había sucedido con su esposo. Ella me tomó de la mano y me dijo:

—Iré contigo, yo y mis hijos iremos a donde nos digas. Tengo muchas cosas que contarte, cosas que he vivido y que no comprendo, cosas que hablé con Arthur y por qué decidió que viviéramos aquí...

—Seguro que habrá tiempo después. Ahora sólo quiero que estén a salvo. No sé de qué, en realidad, pero haré lo que Arthur me pidió.

—Gracias, Marcus, gracias por estar aquí. Ya no resistía más esta incertidumbre y la angustia de no saber qué decirles a mis hijos. No sé cómo pagarte todo esto que estás haciendo por nosotros.

—No, Laura, no me debes nada. Somos más que familia, y los amo, tú lo sabes. No hay nada que no haría por ustedes, y ahora por los niños.

Ella se levantó de la mesa con un rostro diferente y llamó a los pequeños:

—Niños, vamos, es hora de volver a casa. ¡Nos vamos de vacaciones muy pronto con el tío Marcus!

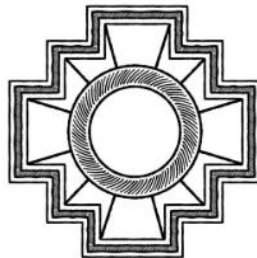
Esas palabras llenaron mi corazón. Era lo más hermoso que había escuchado en mucho tiempo. ¡Ahora tenía sobrinos! Los niños me miraron con recelo, pero se notaba que estaban felices, asumo que irse de vacaciones les dio un giro a su ánimo.

—Arreglaré todo, Laura, partiremos cuanto antes. No hay tiempo que perder. Te llamaré cuando tenga todo listo.

Ellos se fueron y en un par de días más estábamos en ruta, rumbo a Barcelona, a casa de papá. No lo veía hacía un año, sólo hablaba con mi pequeño por Skype cada domingo en la tarde. Esa semana no pude contactarme, la tormenta en Santiago inhabilitó las torres del centro y no tuvimos señal por algunas horas. La diferencia horaria mató la oportunidad de poder hablarle el domingo. Seguro que mi campeón estaba enojado conmigo, pero sería una gran sorpresa el verme en casa en algunas horas.

Salimos de La Española a las 4 p.m., hora local, vuelo directo a Madrid. Yo no pude dormir en todo el vuelo, no dejaba de pensar en los papeles de la caja y trataba de comprender lo que significaban antes de emprender el camino que, asumí, me llevaría al paradero de Arthur.

Fueron siete largas horas de insomnio que las aproveché bien mientras Laura y los niños dormían.



El primer mapa que estaba en la caja llamó mi atención por no tener coordenadas y por las palabras que tenía escritas, además de la cruz¹ en el círculo, en el centro de la hoja. Adicionalmente, la rosa de los vientos no tenía las letras usuales de los cuatro puntos cardinales; en su lugar tenía: «NSSI», y había cuatro, una en cada punta del mapa. En el centro, justo en el círculo, estaba escrita la palabra: «MORNE», esa misma que había escuchado en mis visiones en el Starbucks en Santiago. El mapa tenía en torno al centro cinco montañas y todas estaban rodeadas por lo que debía ser un río caudaloso, pero no tenía principio o fin en el mapa. Estaba representado como un anillo que rodeaba los cinco picos, y tenía nombres blasfemos en múltiples locaciones de su geografía accidentada. El nombre del río en el mapa aparecía como «ET*STRAGES» y el valle interior, antes de subir a la montaña principal, estaba nombrado como «SANAK*TUYE». Debía ubicar ese lugar, fue el primero al que Arthur fue y marcó de manera específica para que yo lo viera.



¹ Chakana (o Cruz Inca, Tsakana en quechua ancashino) es, según algunos autores modernos, la cruz de tres pasos equivalente simbólica de lo que se conoce en otras mitologías como el Árbol de la Vida, el Árbol del Mundo, etc. A través de un eje central, un chamán viaja en trance al plano inferior o Inframundo y los niveles superiores habitados por los dioses superiores para indagar en las causas de la desgracia en el plano terrestre. La serpiente, el puma y el cóndor son representantes totémicos de los tres niveles. El supuesto significado del símbolo chakana no está respaldado por la literatura académica

El círculo y la «X» marcados, no significarían nada para cualquiera, pero para nosotros fue siempre el símbolo de nuestro pacto, en el que probaríamos estar en la verdad. La «X» es en realidad una cruz acostada, simbolizando la mística, la fe o las creencias diversas del mundo antiguo y moderno. En cambio, el círculo lo usamos para representar la ciencia y la razón. Juramos un día hallar la verdad acerca de la vida y, más aún, de la muerte; pactamos que lo haríamos juntos. Tomamos caminos separados, pero al parecer él halló un punto de convergencia en el que la ciencia y la lógica se unían con la mística y la fe. Al menos eso era lo que podía entender... o lo que quería que significara ese mapa. Como sea, ahora sólo debía descifrar en dónde estaba ese lugar, de eso dependería todo lo demás. Yo, por mi parte, estaba convencido de que podría llegar hasta esa montaña.

Al amanecer, llegamos al aeropuerto Adolfo Suarez, en Madrid, a las 8 a.m., hora local. Desayunamos algo en el terminal y abordamos el tren a Barcelona, sin pausa. Debíamos estar al medio día en la estación de Sant Andreu, hube coordinado antes con papá que pasara a recogernos. Yo pasaría ese día con Junior y saldría apenas pudiera... debía descifrar ese primer mapa. No pasó mucho tiempo en el corredor de la estación cuando apareció papá, nos abrazamos y nos dimos un saludo muy efusivo y partimos a casa. No podía esperar darle la sorpresa a mi hijo, pero tenía en mi mano el mapa y mi agenda, tratando de entender lo que significaba aquello. Papá no conocía a Laura, y se imaginó que estábamos juntos cuando nos vio llegar, así que le hice un par de señas con mi mano libre, pasándola por mi cuello para que no cometiera una imprudencia y el comprendió de inmediato. En el camino los presenté y le conté a papá, rápidamente, la historia que nos había llevado a Barcelona esa tarde.

Papá había sido profesor de Lenguas Extranjeras en Santiago. Cuando murió mamá, se dedicó a cuidarme a mí y a mi hermana, y se retiró por

un tiempo. En el año 87 ganó una beca para estudiar y trabajar en Madrid, en la UAM, y se trasladó a España hasta su jubilación. Cuando vio los manuscritos, en especial el mapa que tenía en la mano, se emocionó mucho y se ofreció a ayudarme con eso. Según él, podrían ser lenguas muertas o antiguas. Las reconoció por sus estudios y experiencia, además, tenía algunos textos al respecto en su biblioteca personal y en la universidad.

Pasé toda la tarde con mi hijo, nos divertimos mucho. Pero al entrar la noche, el terror de una gran oscuridad cayó sobre la ciudad, al menos eso percibí yo. Desde hacía una semana, cuando las perseidas comenzaron a caer en la tierra, muchas señales de radio y satélites quedaron fuera de actividad, hubo también problemas en la navegación y en el tránsito de naves en los cielos y en el mar. Incluso hubo inconvenientes en el CERN para iniciar las primeras pruebas con el Acelerador de Hadrones. Todo, al parecer, se debía a las estrellas que caían del cielo. Un fenómeno que se da cada 120 años, cuando el cometa principal orbita el sol. Pero esa noche en particular, algo no estaba bien. Fue lo mismo que sentí en Santiago durante la tormenta el día en que comenzó el fenómeno estelar. Fui a mi habitación, con mi acostumbrada copa de vino y me quedé dormido de inmediato.

La temperatura del cuarto comenzó a descender de manera dramática y me desperté sobresaltado. Fui por un vaso de agua a la cocina y allí fue cuando lo vi. Papá estaba sentado en su silla, lo vi de espalda desde el corredor, fui por mi vaso de agua y me devolví a la sala para hablar con papá, sin embargo, ya no estaba allí. Sentí algo a mis espaldas y cuando volví mi rostro hacia la cocina, estaba de pie junto a la isla un hombre bien vestido y sentí cómo una fuerza magnética me arrastró hasta donde él estaba, simplemente no me pude resistir. Él, de apariencia andrógina, me dijo que había llegado la hora de saber la verdad de las cosas y que debíamos partir de inmediato. Por supuesto, yo me reusé,

pero me tomó de la mano y sentí un poder que invadió mi cuerpo y descoyuntó todas mis articulaciones. Todo quedó en silencio entonces y no hubo marcha atrás. Salimos de casa y cruzamos las puertas de la terraza hasta el balcón del patio. Allí había una reja muy alta de hierro que papá instaló cuando Junior era apenas un niño y, de repente, en un momento inesperado, este ser se elevó junto conmigo y estábamos de pie en la reja, sobre el filo de las puntas de hierro. Yo no podía comprender lo que sucedía, entonces su aspecto cambió completamente y le vi vestido con una armadura muy brillante y en su pecho un nombre inscrito: «SURIEL». Al verle así, sentí paz en mi interior y decidí ir voluntariamente con él, o ella; en realidad no sabía si era mujer o era un hombre, pero quise entregarme y rendí mi voluntad a Suriel... —qué tonto fui—. En ese momento una fuerte brisa sopló del oriente y en el viento escuché un susurro: una voz siniestra que decía «Bavol», una y otra vez «Bavol». Al tiempo se escuchaba como una invocación oscura, como si alguien desde otro lugar conjurara fuerzas sobre la ciudad. Allí sentí mucho miedo y traté de soltarme de las manos de Suriel, pero me apretó más y más fuerte, hasta que caí de rodillas a su lado por el fuerte dolor en mi muñeca. El cielo se conmovió ante la invocación siniestra y hubo un relámpago que iluminó todo el cielo. No cayó a tierra, sino que se repartió en todas las nubes de Barcelona. Se desató un fuerte viento de tormenta y, al alzar mis ojos, vi a través de las vestiduras de Suriel. Su apariencia oculta fue descubierta por la luz del relámpago que recorrió el cielo, fue como si el tiempo se detuviera en un instante que perduró varios segundos. Las gotas de la lluvia quedaron suspendidas, las personas, los autos, todo se detuvo. El resplandor iluminó todo debajo de él y vi lo que era en realidad... un esqueleto lleno de carnes y vísceras en descomposición. La brisa que se movía y revolvía el cielo como un viento huracanado levantó su capa parcialmente hasta que quedó descubierto en sus espaldas. Era un ser completamente despreciable, lleno

de despojos de sí mismo y con alimañas de la noche que le recorrían por dentro. La imagen más escalofriante que habían visto mis ojos. Sentí tanta repugnancia y un terror, en verdad, indescriptible, sumado a que, al descubrir su apariencia, pude oler aun su nauseabundo hedor, como de una cloaca gigante.

La belleza externa era sólo una apariencia, pero entendí que estaba delante de un mensajero a quien pude identificar en los manuscritos del padre de Arthur como «El Príncipe de la Muerte». Allí estaba ese ser maligno, culpable de las infamias y terrores más insondables de la humanidad, el enemigo final a quien nadie puede burlar o vencer, estaba allí, justo delante de mí y yo no lo sabía —tan tonto fui, que accedí a ir con él de manera voluntaria—. Ahora estaba luchando por escapar, pero sentí en el forcejeo que enterró sus garras en mi hombro izquierdo y alzó su mano al cielo. Entonces, un vórtice en las nubes se abrió y cayeron dos espantosas figuras de apariencia abominable con cadenas y las colocaron en mis brazos, desde mis codos hasta las muñecas.

Grité, grité de dolor y espanto, grité de la manera más desesperada que pude y aun quedé sin voz en el intento de pedir auxilio. Luego, caí al suelo por el peso de las cadenas y, me encontré en un valle maldito, lleno de vacío. Sí, eso es, lleno de nada. Sólo tinieblas y aullidos desgarradores en todas las direcciones, lamentables criaturas de los mismos abismos, inimaginables en apariencia y repugnancia. Sentí náuseas, más allá de cualquier naturaleza humana, sentí que podría vomitar hasta mis entrañas y aun así no sentiría alivio. Así fue como llegué a ese lugar sombrío... en busca de mi amigo Arthur.

«Después de recorrer este valle de desolación, me encuentro en un montículo de rocas ígneas, tan antiguas como la misma tierra primigenia de antaño, cuando los eones incalculables apenas comenzaban a trazar el tiempo de la evolución y a enfriar este orbe. Pero estaban talladas, esculpidas con las palabras que leí en el manuscrito que me dejó Arthur. Sigo encadenado, pero estoy tirado en el montículo, los que me arrastraron hasta aquí se han ido y llueve de manera torrencial en este lugar. Los relámpagos alumbran todo el valle y la montaña. El río que rodea toda esa tierra parece de sangre. El hedor a materia totalmente descompuesta sigue llenando el aire y lo hace más pesado, puede distinguir el sulfuro de azufre en medio de todo este repulsivo hedor a millones de huevos podridos y me ahoga, es imposible respirar sin usar mi boca. Al tiempo que siento tanta repugnancia y se me eriza toda la piel, estoy sangrando por mi hombro izquierdo y las cadenas han cortado mis muñecas y codos, mis rodillas y pies están raspados por el largo camino que fui arrastrado y no creo poder seguir vivo más tiempo.



¿Qué criaturas tan antiguas como los cimientos de la tierra hubieron tallado el monolito? Sombras se revuelven delante de mis ojos, como bestias hambrientas en frenesí por su nueva víctima. Ya no presto atención a lo que vendrá, ya he resignado mi corazón y mi mente al final infame que me espera. Al ver los cuerpos devorados a medias y los cráneos abiertos por todo el sendero que fui

traído, entendí que estoy en un lugar abominable del que no hay retorno. Los pensamientos y las ideas, así como los sueños, se extinguen, y la más mínima intención de esperanza es sepultada en las mismas criptas abiertas de este valle morbosos.

Ahora, a mi izquierda, pude ver el símbolo del mapa, la «X» y el círculo están escritas en la pared y lo supe de inmediato: ¡Arthur estuvo en este lugar! Ese es el lugar que él me señaló, pero ¿dónde está Arthur? El cielo vuelve a iluminarse y veo una serpiente espantosa de aspecto metálico que se revuelve por todo el firmamento, grande en demasía, de apariencia rojiza. Revolotea como se mueve una anguila en el agua. Los alaridos de criaturas que no puedo ver se hacen más fuertes y escucho el aleteo de los que me habían llevado hasta el altar monolítico en el que me encuentro. Las rocas del altar están llenas de una sustancia babosa, de color verdoso y muy pegajosa que atrapa toda clase de maleza y de insectos alados en ese lugar. Pude ver polillas gigantes con aguijones que se alimentan de despojos de seres con apariencia humana que están tumbados en el suelo al lado de la piedra del sacrificio. A ratos, suben vapores de entre las juntas de las piedras del suelo y se mezclan con la putrefacción de la superficie. Estoy a punto de perder el conocimiento otra vez, cuando alguien —o algo— me aprieta por mi hombro izquierdo y grita mi nombre, lo exprime con tal fuerza que siento una descarga de adrenalina en mi cuerpo y abro los ojos.

Estoy de rodillas, doblegado por el peso de las cadenas en mis brazos. Prácticamente, estoy postrado delante de la piedra del sacrificio, una piedra herrumbrosa, manchada por la sangre de cientos de almas miserables que fueron traídas a la fuerza a este lugar. Hay aún despojos de quien vino antes de mí y la sangre aún está corriendo en la superficie. Yo estoy dentro de un charco de sangre maloliente que se ha acumulado, de seguro en las horas previas a mi llegada. ¡Cuán aberrante y tenebroso es este lugar!, debe ser olvidado por cualquiera que lo aviste o escuche de él, como el peor de los anatemas, como en las peores historias de horror de las comarcas del Perú (Lugares de sacrificio), que prefirieron ser

olvidadas por si de ese modo conseguían que desaparecieran de la realidad de sus pobladores.

Delante de mí, se pone en pie ese mismo ser que rompió mi hombro izquierdo con sus filosas garras, ya puedo ver su verdadera apariencia decrepita e infame, la maldita y tenebrosa negrura en sus pezuñas, hendidas en tres partes con carnes podridas colgando en sus coyunturas. El hedor de su propia esencia caída se mezcla con los vapores de sulfuro que salen de la montaña. Está aquí, delante de mí, llamándome, esperando a que me incorpore o levante la cabeza para mirarle, pero no puedo hacer ni lo uno ni lo otro, estoy completamente adolorido y vencido. Entonces, los alados infernales que me sostuvieron antes, regresaron y tiraron con fuerza las cadenas y me hicieron estar de pie, colgando prácticamente de mis muñecas perforadas por los garfios de los eslabones. Aún brotaba sangre de mis brazos, y la sed y desesperación que sentía eran tan grandes que no puedo describir la crueldad de este momento.

Ya sostenido, colgado de las cadenas, estaba delante del ser, entonces gigante, que tapaba con su figura aberrante el pico de la montaña detrás de sí. Su rostro de apariencia andrógina con el cual me conquistó al inicio había desaparecido, sólo era una de las tantas máscaras que seguro usaba para seducir a sus víctimas e invitarles a un viaje inesperado y sin retorno. ¿De qué otra manera podría ser posible? Si lo hubieran visto tal como era, seguro huirían de este anatema espectral, o al menos tratarían de hacerlo. De seguro eso explicaba la causa por la que muchos muertos fallecen con rostros llenos de espanto y expresiones de pavor, otros con sus pupilas dilatadas y con gritos y alaridos de otro mundo. Seguramente, eso que estaba viendo era lo que vieron cuando llegó su momento, desdichadas almas que no tuvieron el bien de partir a este otro lado de la realidad con un sentir de alegría, aunque sólo fuera por un instante. Sólo podría ser fugaz el momento en el que Suriel va por alguien, y sólo por un morbo demoniaco, quisiera dar esperanza y una sensación de paz a su pasajero desprevenido, quien después se encontraría en el putrefacto valle de la muerte y del olvido.

En ese estado de suspensión, pude ver los cientos de cuerpos desgarrados a medio devorar, en plena descomposición. Unos colgados de alguna de sus extremidades, otros empalados, otros ensartados en garfios que les traspasaban el dorso... ¡cuánta desesperación debieron sentir! Algunos estaban partidos a la mitad, se notaba que sintieron en algún momento la vana esperanza de poder huir y en su intento fueron destazados por alguna de estas criaturas aberrantes y repulsivas. Mi anfitrión, con un rostro más oscuro que la tenebrosa negrura del valle, sus ojos profundos como carbones encendidos y sus fauces con afilados e innumerables dientes con los que seguramente devora o despedaza a sus víctimas, estaba allí, delante de mí.

Arthur también estuvo allí, en algún momento él llegó a ese lugar, sólo él pudo haber dibujado ese símbolo en la pared. Allí me pregunté si de algún modo Arthur había logrado salir, si él pudo volver para enviarme los mensajes y mostrarme el camino. Eso sería imposible, no hay manera de que él haya salido y luego me hubiera invitado a este putrescente y ancestral paraje de muerte. De seguro que descubrió la entrada y vino en busca de su padre desaparecido, y me envió los mensajes antes de llegar aquí; mi amigo no podría querer que viera esto sabiendo lo que me esperaba.

Al menos él ya debía de ser parte de las almas despedazadas que se hundían en el fango debajo de ese montículo de roca antigua. Justo vi que esa horrenda entidad pesadillesca levantaba su afilada lanza para traspasarme el pecho. Burbujas putrescentes salían de mis heridas. Ya mi carne se estaba descomponiendo y emanando vapores como el resto de ese valle. Me convertiría en parte de este tenebroso paraje y el moho crecería entretejido en lo que quedaba de mí. Esa era verdaderamente, la apoteosis de lo maldito, de lo impensable y más indeseable.

Allí no había vuelta atrás, no hubo un túnel que yo hubiera visto, no hubo una luz al final, sólo había una densa oscuridad llena de alaridos y espectros aberrantes, en un total vacío de conciencia y esperanza. Esperaba que eso terminara de una vez por todas, y que muriera al fin, si es que no estaba muerto todavía. Con fuerza y gran sevicia, clavó su lanza en mi cuerpo, traspasando mi

pecho... justo en mi corazón. El placer que vi en sus ojos y horripilantes gestos fue, en verdad, en gran manera morboso e infame. De las grietas fluyeron pestilencias a alta presión, un viento glacial me envolvió desde mis pies, y repugnantes testigos gibosos emergieron de las sombras en una tétrica danza de regocijo, todos en una caótica perversión de alaridos y palabras ininteligibles contemplaron mi espanto y mi derrota... ¡Mi pecho!, ¡mi pecho! ¡Aaah!».

Más información sobre esta obra:

Videos

Imágenes

Media

Entrevistas

Descargas

Compra en línea

